

















VIAJES

Ámsterdam, psicomagia, un vestido y un amor

Luego de una sesión de tarot marsellés, a un hombre le recetarán un acto psicomágico para destrabar un conflicto. Para hacerse hombre, deberá convertirse en mujer.

POR **EZEQUIEL SIDDIG**





VIAJES



El hombre está rodeado de gente levemente encorvada hacia él, como un oráculo. Parece un sacerdote, una clase de hombre que podría caminar sobre el agua. Cuando sonríe, el rostro pareciera acceder a una expresión de santidad: el labio superior se le contrae y muestra una dentadura perfecta, como si presentase ante el público las teclas de marfil de un acordeón lustroso. Ni por un segundo suelta los ojos del consultante, sentado frente a frente. Usa barba rala, blanca como todo su cabello, y viste de negro, como sus antepasados judíos, rusos de la estepa.

Es el miércoles 14 de octubre de 2009, y es así como percibo, cuatro días después de haber cumplido 35 años, a Alejandro Jodorowsky, que como cada miércoles desde hace años, sentado a la mesa de una boiserie parisina de la calle Daumesnil, lee a 22 personas las cartas del tarot de Marsella. Yo vine a ser uno de los veintidós pero llegué tarde, así que formo parte del grupo que se congrega en torno al rito.

Jodorowsky, que tiene 80, lee el tarot en grupo porque cree que “lo oculto se disuelve cuando se confiesa en sociedad”. Todavía no sé que un par de semanas después, gracias a lo que me responderá el tarot, habré de

caminar las calles de Ámsterdam con los labios pintados de rojo, vestido de mujer.

Jodorowsky nació en 1929 en Tocopilla, Chile, “un pequeño puerto—como él mismo cuenta en su libro *La danza de la realidad*—situado, quizás no por casualidad, en el paralelo 22”, el número que representa a los Arcanos Mayores de estas cartas. Con el tarot no lee el futuro, sino que hace psicomagia, un método terapéutico creado por él que combina chamanismo, psicoanálisis y teatralidad. Es el confin de un largo camino artístico y espiritual que lo llevó, de ser tiritero en Chile, a discípulo en Francia del mimo Marcel Marceau, o a cineasta de culto en México financiado por John Lennon (con el film *La Montaña Mágica*, de 1973). En el mundo profano, Jodorowsky es actor, dramaturgo, novelista, director de teatro, historietista, cineasta. Pero, sobre todo, Jodorowsky es un perseguidor infatigable de las tramas mágicas que anidan en el inconsciente: investigó sobre los libros sagrados hinduistas, los Upanishads; sobre cómo intervenir en los sueños practicando las

técnicas de Hervey de Saint-Denis; o sobre cómo encontrarse con los “arquetipos divinos” —siguiendo a Karl Jung— a través de la alquimia, sobre la que versa el *Rosarium-philosophorum*, un tratado del siglo XIV.

El axioma de la psicomagia afirma que “el espíritu acepta la metáfora”. Es así: luego de la lectura del tarot en torno a una pregunta específica, el consultante deberá llevar a cabo “actos psicomágicos” para destrabar relaciones o emociones estancadas en el pasado, un antiguo aguijón del alma que pervive; lo que en psicoanálisis pudiera ser la neurosis. Según Jodorowsky, el inconsciente no distingue entre realidad y representación, y ciertos traumas pueden ser modificados a través de la ejecución de un determinado acto psicomágico.

“La psicomagia propone que no solo hablamos, sino que actuamos—escribe en su *Manual de psicomagia*—. El consultante, siguiendo un patrón contrario a la psicoterapia, en vez de enseñar al inconsciente a hablar el lenguaje racional, aprende el lenguaje del inconsciente, que está compuesto no solo de palabras sino también de actos, imágenes, sonidos, olores, gustos y sensaciones táctiles. El inconsciente es capaz de



VIAJES



aceptar una realización simbólica o metafórica (...) Los creadores del psicodrama se dieron cuenta de que alguien que acuerda hacer el papel de un familiar puede provocar reacciones en un consultante, como si el familiar estuviera parado allí en persona”. Ahora es el miércoles siguiente, 21 de octubre de 2009, y llego temprano a Le Téméraire. Me toca el número 7.

En su interior, Le Téméraire tiene paredes marrones, lámparas de techo que parecen sombreros de fez marroquíes y un gran espejo pegado detrás de donde se sienta el maestro. Hoy Jodorowsky no vino, así que atienden sus discípulos. A mí me toca el que creo es el mejor, Richart. Empezamos. Le cuento sobre mí. Por alguna razón menciono al abuelo que no conocí jamás, un judío de Bagdad que junto a su hermano migró a la Argentina porque su tío, tras la muerte del padre -mi bisabuelo-, les había robado la herencia.

Richart me pide que haga una pregunta al mazo: “¿Cómo pasar a la acción? Muchas veces me quedo en la idea, como si algo me

trabara”, le digo. Saco cuatro cartas. Las ve. Me habla de mi madre castradora que me ama sin límites, de la ausencia de mi padre. “No quieres dinero porque si lo tienes piensas que serás robado, como tu abuelo. El dinero es un elemento fálico. Tienes una parte muy femenina dentro tuyo que debes materializar, verla para sacar de tu interior a tu madre y reencontrarte con tu parte masculina. Hacerte hombre implicaría dejar de ser amado por tu madre”. Me da cuatro actos psicomágicos y me hace sacar otras cuatro cartas del mazo para ver el resultado de esas acciones. Saco El Diablo, El Sol, La Papisa y la Carroza. El primer acto psicomágico que me da dice lo siguiente: “Debes vestirme todo un día de mujer de pies a cabeza, de 8 a 20 hs. Al final, te sacarás una foto y se la enviarás a tu madre sin escribirle nada. Tienes que vestirme con ropa interior, peluca, pintura labial. Todo de mujer”.

Sé de inmediato que si vuelvo a Buenos Aires no lo voy a hacer nunca. Al día siguiente, con la idea en mente, viajo a Ámsterdam.

El TGV (el Tren a Alta Velocidad) sale a Ho-

landa de la Gare du Nord. Es 22 de octubre. En el tren viajo en un asiento de espaldas a la dirección por la que enfilamos, como si estuviera regresando a recoger algo que olvidé en el camino. En la estación me espera Alexandra, una amiga holandesa que conocí en Buenos Aires, politóloga y cineasta. Alex me hospeda en su departamento de la calle Eemsstraat número 34, a media cuadra del Parque Martin Luther King y del río Amstel. Me dice que al día siguiente se va a Nueva York, que la contrató el director de un documental. Y que volverá el día 28. “Te dejo la bici”, me dice, y comienza a anotar en mi cuaderno gente y lugares por conocer. Lo primero que anota es el teléfono de una amiga: “Marieke, antropóloga, vivió en Argentina 2 años, periodista, habla muy bien español. Simpática!”

Quando me quedo solo en la casa, se me hace un nudo en la garganta. ¿Vestirme de mujer? ¿Salir a la calle? ¿Cómo? Pasarán los días y recorreré la ciudad de los canales con la idea acechándome. ¿Cómo?! Anoto rastros del viaje en mi bitácora. Del museo



de Van Gogh me gustan *De Hut* (*La Cabaña*, de 1885) y *Kreupelhout* (*Maleza*, de 1889), que me hace recordar los collages del Grupo Mondongo. Almuerzo al menos dos veces en un barcito que se llama Broodje Bert, que está frente al canal Singel. A la noche, en el Barrio Rojo, veo cómo una prostituta se trenza a las puteadas con una pareja que disimula mal cuando decide sacarle una foto, lo cual está prohibido. De la casa de Anna Frank me impresiona el cuarto que Anna compartía con el dentista alemán Fritz Pfeffer: recortes pegados a la pared de la Princesa Elizabeth de York, el *David* de Michelangelo, Norma Shearer, Greta Garbo, la actriz noruega Sonja Henie. En la libreta, anoto: “Anna Frank escribía para ahogar las penas. Anna Frank tenía las penas ahogadas. Embellecer su vida, para ella, era emparchar la pared. Anna aplicaba a lo que dice Jodorowsky: el espíritu acepta la metáfora”.

Esa noche ceno en un restaurante tailandés, el Bird, de la calle Zeedijk. El mozo es gay, así que al final del servicio le cuento mi propósito. Le pregunto si conoce a alguien que pudiera ayudarme a vestirme de mujer,

que solo no me animo. Me pide el teléfono, dice que conoce a una persona. Cuando me voy en mi bici, llamo a Marieke, la antropóloga, que habla muy bien castellano. Vamos al bar Diva's, tomamos oporto. Esa noche no nos besamos. Cuando vuelvo a la casa de mi amiga Alexandra, saco de la mochila un objeto que compré por la tarde: una peluca brillante, negra, lacia, ridícula. El cotillón de un casamiento.

La calle donde vive Alexandra tiene un edificio que ocupa toda la cuadra. Son tres pisos con ladrillos oscuros a la vista y los marcos de las ventanas pintados de blanco. ¿Años 60? En cualquier caso, sofisticación. Por el barrio no pasa una mosca, mucho menos un auto. Por la ventana del departamento de Alexandra entra una luz tan brillante que pica. El living del departamento tiene una *Chaise longue* de color crema, un reproductor de música de donde salen canciones como “Sympathize”, de Amos Lee, o “I’m stronger than you”, de Amy Winehouse. En el sillón, estoy echado y viendo el DVD de

Goodbye, Lenin!. Básicamente, la película es la historia de un joven que hace lo imposible para sostener la apariencia de realidad de un pasado en el cual su madre pretende seguir viviendo.

Cuando termina la película, me pongo a llorar a mares. Inesperadamente, desconsoladamente. Lloro con sonido, con un sonido incontinente, un sonido estomacal. Es un dolor audible, intragable.

Al día siguiente, Alexandra, que acaba de llegar de su viaje a Estados Unidos y es una mujer de acción, me dice que no hay que esperar ni un minuto más. Así que me afeito al ras con una Gillette y ella me pinta con rouge y rimmel traídos de Nueva York. Me da unas medias can-can porque sus bombachas no me entran. Me pongo corpiño; pretendemos rellenarlos con dos esponjitas del lavavajilla, pero dan una teta torpe, muy rectangular. Lo resolvemos con un pañuelo: mi propia mujer tendrá tetas/pelotitas-de-tenis. Alexandra me elige toda la vestimenta: una pollera *gipsy* oscura con pintitas violetas y rojas; camiseta marrón y, arriba, una casaca violeta con lazo que alcanza para taparme los pelos del pecho.